

MARCO MARTOS CARRERA

MIGUEL GRAU EN LA INTRAHISTORIA

Debemos a Miguel de Unamuno el concepto de intrahistoria, que no es otra cosa que los hechos cotidianos, las aparentes minucias que conforman la vida de los hombres y que han sido tradicionalmente desdeñadas por los propios historiadores durante siglos. Felizmente, desde hace un buen tiempo (cien años por lo menos), está apareciendo un tipo de científico social que considera a todos los hechos humanos como potencialmente importantes, especialmente los que tienen apariencia baladí, pero que pueden entregarnos las claves de los grandes acontecimientos que conmueven a los pueblos. Y esta actitud se ha acrecentado con el paso del tiempo. Toynbee, el célebre historiador inglés, por ejemplo, subraya la importancia del punto de vista del que juzga los hechos históricos. Es un asunto contemporáneo la preocupación por la vida cotidiana, lo mismo cuando hablamos de anónimos pobladores como cuando nos referimos a los héroes.

Los héroes griegos en su cotidianidad eran muy diferentes entre sí, por lo menos tal como los pintó Homero: Néstor era prudente, pero Aquiles era colérico; Ulises, fecundo en ardidés, era lento y descuidado en su regreso a Ítaca para cumplir con

sus deberes conyugales; además era infiel, aunque tenía un ápice de lealtad hacia su esposa Penélope. Hay una frase de Goethe que cita Alfonso Reyes: sostiene que no hay ningún gran héroe para su valet.

Una nación como el Perú es, al mismo tiempo, una nación antigua como la imaginaba Arguedas, y una patria nueva, en plena ebullición, que está recién creándose. Desde que existimos estamos marcados por las cordilleras, y es bueno saber, como lo ha sostenido Alberto Benavides de la Quintana, que hay una cordillera mucho más antigua que la cordillera de los Andes, que podemos llamar cordillera de la costa, cuyos restos se logran ver en las islas cercanas a Lima o a Piura.

Antiguos y muy jóvenes al mismo tiempo, los peruanos, cuando pensamos en la antigüedad de nuestro territorio y en los distintos pueblos y naciones que lo han poblado, nos enorgullecemos de las grandes hazañas arquitectónicas de nuestros antepasados, de la calidad de los ceramios, de la hermosura de los tejidos, pero cuando buscamos héroes, estos tienen un ribete mítico y su vida cotidiana queda en las sombras. ¿Existió Manco Cápac? ¿Y Sinchi Roca? Pero sí tenemos noticias ciertas de Huaina Cápac.

La lucha por la independencia nos ha dejado numerosos nombres de héroes. Túpac Amaru es el más importante de ellos. Pero el héroe por excelencia, el que tiene unánime aceptación en nuestra vida contemporánea es Miguel Grau Seminario. Nadie como él representa lo mejor del pueblo peruano. Acercarse a su figura ha sido siempre un deber de los historiadores del período republicano.

La investigación biográfica sobre Grau, cada vez más precisa y detallista, hasta este momento no ha encontrado nada que reprocharle. El heroísmo en el caso de Grau no fue un acto sorpresivo en un momento de intenso conflicto. En su intrahistoria

precisamente, en sus actos cotidianos, fue un modelo de ciudadano, un hombre modesto ante el elogio, que se definía «como un pobre marino que trata de servir a su patria» y que en un brindis en el Club Nacional exclamó: «Todo lo que puedo ofrecer de retribución de estas manifestaciones abrumadoras es que si el Huáscar no regresa triunfante al Callao, tampoco yo regresaré».

De distintas maneras, guardamos la memoria de Grau los peruanos. En Piura, su ciudad natal, su casa materna es un magnífico museo; una hermosa estatua hecha por Luis Agurto, recuerda a los viandantes su presencia en nuestra historia; en todo el resto del territorio nacional, calles y avenidas, colegios y clubes, barcos y plazuelas llevan su nombre y contribuyen a aumentar nuestro coraje, nuestra capacidad de vencer las dificultades, puesto que sabemos cuánto trabajo le costó a Grau convertir a sus incipientes marineros en diestros combatientes que mantuvieron en jaque durante varios meses de 1879 a un adversario superior. Grau fue excepcional, generoso en la victoria, y, como dice Basadre, un adelantado, un fundador, un padre.

Ahora viene Guillermo Thorndike y pone sobre nuestra mesa de trabajo el tomo V de su serie de libros sobre Grau que se llama *Perú, crimen perfecto*. Thorndike, nacido el Día del Idioma en 1940, es uno de los escritores más prolíficos y apasionantes del Perú contemporáneo. A él le debemos, como los Estados Unidos a Truman Capote, un grave problema para la teoría literaria. Tradicionalmente se considera a la literatura como la escritura de algo que es ficción. Mentira verdadera la ha llamado Vargas Llosa. Muy bien, pero ¿cómo llamar a la escritura que se recuesta sobre los hechos reales y los cuenta como novela, con las galas habituales de la ficción? Se ha llegado, por ahora, a una solución de compromiso: se le llama literatura de no ficción. Y eso es pre-

cisamente lo que ha hecho Thorndike a través de sus libros más importantes: *El caso Banquero*, *El año de la barbarie*, *Las rayas del tigre*. Desde 1970 ha mostrado un interés por la época de la guerra con Chile a través de varios libros. La saga de Grau, iniciada en el 2005, con el libro *Los hijos de los libertadores*, se enmarca dentro de esa preocupación.

Perú, crimen perfecto, es, pues, un libro que está en las fronteras de la literatura y la historia. Nadie, ni siquiera Basadre, ha mostrado, como en un lienzo, los detalles del comportamiento de las personas, en los años previos a la guerra del Pacífico. Desfilan por estas páginas, que, por lo ameno de cada párrafo, se pueden leer sin prisa y sin pausa, todos los personajes que tuvieron alguna importancia en el retablo de la política nacional. Y muchos de ellos llaman poderosamente la atención, por detalles que nos los presentan bajo una luz diferente a la sintetizada que conocemos por los libros de historia. Uno de ellos es, sin duda, el presidente Mariano Ignacio Prado, héroe del combate del 2 de mayo de 1866 y que era presidente constitucional en 1878, uno de los años de los que se ocupa con prolijidad el libro de Thorndike. Prado aparece como el presidente de todos los peruanos, un hombre capaz de guardar la serenidad en momentos de conflicto con la oposición a raíz de las elecciones parlamentarias que se llevaron a cabo ese año; pero al mismo tiempo hay un detalle de su personalidad que llama la atención, sobre el que conviene detenerse. En varias ocasiones deja de asistir a ceremonias por súbita enfermedad. Inclusive en la celebración de su onomástico se hace representar por su esposa. Thorndike alude al carácter melancólico de Prado, a la hipocondría que tenía. La palabra que no se dice es «depresión». Los lectores, sin que hallemos respuesta posible, podemos conjeturar que el presidente Prado padecía ciertos desarreglos emocionales que lo apartaban del mundanal ruido.

Otras figuras de la época llaman la atención, por ejemplo, Nicolás de Piérola, que está muy lejos de ser el circunspecto presidente que conocemos por las fotografías de 1895, o el fogoso ministro de Hacienda entre 1869 y 1871 que llevó adelante el contrato Dreyfus para la venta del guano peruano en todo el mundo. Era, en la escritura de Thorndike, el opositor tenaz a los gobiernos de Manuel Pardo (1872-1876) y Mariano Ignacio Prado (1876-1879). El texto de Thorndike, bajo la apariencia de absoluta objetividad, está escrito desde la perspectiva del sistema, como se dice hoy. Y en ese sistema estaban el Gobierno, encarnado por Prado; y la oposición, representada por Luis Montero, amigo y antagonista de Miguel Grau. Piérola, en palabras del léxico de hoy, encarnaría a un antisistema. Y, por lo tanto, sus actos de rebeldía en el propio Húascar o en el barco Talismán son juzgados como propios de un lunático, alguien que actúa en la periferia, sin ninguna posibilidad de victoria final, cosa que no era cierta.

Que la rueda de la fortuna política es bastante caprichosa se prueba en el caso de Piérola porque alcanzó la presidencia de la República en 1895, la culminó en 1899, pero luego, en 1900, fue incapaz de ganar la votación para alcalde de Lima. Como lo ha recordado Basadre, Piérola murió en 1913, bastante pobre, y mostrando en esa situación que no era verdad la acusación más frecuente contra él: que se había enriquecido con malos manejos en el contrato Dreyfus.

Thorndike se las ingenia, para, en los mil personajes que maneja (y no es esta una exageración), ir destacando aquí y allá algunas de las características más desconocidas de Grau, que a partir de ahora, gracias a su pluma pertinaz, pueden llegar a ser de conocimiento de todos los peruanos. Por ejemplo, ese detalle que muestra a Grau como un hombre de una descomunal fuerza

que era capaz, de un solo golpe, de partir en dos un mazo de naipes. Hazaña casera que solo realizaba delante de sus íntimos. El libro nos muestra el tránsito de Grau de su actividad de marino a la de parlamentario, cosa que estaba permitida en la época; se barrunta, también, la posibilidad de que volviese (como en efecto ocurrió más tarde) a conducir el Huáscar. Este hecho lo llevaría a la muerte, pero también a la gloria, junto a sus inolvidables compañeros Melitón Carvajal, Enrique Palacios, Elías Aguirre, Diego Ferré, José Melitón Rodríguez, Pedro Gárezon, Ricardo Herrera. Como lo escribió el historiador venezolano Jacinto López en su libro *Historia de la guerra del guano y del salitre*: «Todos los laureles de Angamos son del Huáscar, de los muertos del Huáscar, de los heridos del Huáscar, de los vencidos del Huáscar».

Hablando de Tolstoi y de Dostoievski, dice George Steiner que ellos resuelven uno de los conflictos técnicos de los narradores: cómo hacer para que los encuentros de los personajes no parezcan arbitrarios a los lectores, inverosímiles. Y responde el estudioso: incluyendo muchos personajes. Y eso es lo que hace Thorndike. Cierro las tapas de su libro y todavía conservo en las retinas las escaramuzas; los heridos de las elecciones de 1878; el reclamo de Carlos Elías, representante del Club Unión, por los desmanes de las turbas contra las puertas, ventanas y balcones de su institución. Y queda Grau, previsible en su intrahistoria, pero también nimbado de la gloria que lo sigue llevando al porvenir.

Correspondencia:

Marco Martos Carrera

Docente del Departamento Académico de Literatura de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Correo electrónico: marcomartos9@hotmail.com